



DE ERUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

DOMINGO 7 DE NOVIEMBRE DE 1841.

LA CIVILIZACION.

ARTÍCULO 2º

Inteligencia, moralidad, bienestar, combinados y generalizados, dijimos que formaban el bello ideal de la civilizacion; por manera que á este objeto debe siempre encaminarse la sociedad, y con esta regla debe juzgarse de su adelanto ó retroceso. Tan sencilla es esta idea, que pareceria extraño no enseñase que el entendimiento humano suele buscar por mil rodeos lo que fácilmente podria encontrar por línea recta. Como quiera, no se podrá negar á nuestro pensamiento la sencillez; y en tal caso podemos recordar aquel célebre dicho que en tres palabras encierra filosofía tan profunda, *sigillum veri simplex*, la sencillez es el carácter de la verdad. Sin embargo, no queremos dejarle sin aclarar y desenvolver á la luz de la filosofía y de la historia; no pretendemos presentarle tan solo en una region elevada y abstracta, obligando á los lectores á mirarle de lejos y como en perspectiva: el ser examinados de cerca solo daña á los pensamientos falsos, no á los verdaderos; el error por brillante que sea, es una ilusion que se desvanece á medida que el entendimiento se le aproxima; pero la verdad, como es la realidad misma,

si es mirada de léjos se la ve obscura y de pequeño tamaño, pero en acercándonos á ella, sus dimensiones crecen, y sus colores se avivan.

Sin inteligencia no hay civilizacion; sin que brille en la frente del hombre ese destello divino, sin que ciña sus sienes esa bella aureola, esa esplendente diadema que le distingue como á rey de la creacion, no es concebible la perfeccion de la sociedad; falta el manantial del bien, falta el título mas hermoso, el mas noble blason, el orgullo del humano linage. Tan deslumbrador es su brillo, tan fascinadora su influencia, que allí donde le vemos allí aclamamos la civilizacion; sin pensar en lo que le rodea, sin pararnos en que sea pasajero, en que sea tal vez una antorcha que resplandece en la cima de un edificio en ruina. El grandor de los imperios, su magnificencia y poderío, sus colosales conquistas, su robustez, su duracion al traves de largos siglos, no bastan para grangearles el bello título de civilizados, si en ellos no se ha desarrollado la inteligencia, si no se halla embellecida su historia con tan precioso esmalte. O sino ¿como es que al lado de los inmensos imperios del Asia merezca una atencion tan preferente la Grecia, que no es mas en comparacion que un pequeñísimo espacio, y que en la misma Grecia, honremos tan particularmente á la Atica que no es mas que un punto? Sabeis por qué? porque en Grecia, y mayormente en la Atica, vemos el desarrollo de la inteligencia, y en Asia el de la fuerza; vemos en Grecia una centella que fulgura, se agita y pasa, en Asia un coloso sombrío, firme sí pero inmóvil, silencioso como una estatua; y tal es el generoso instinto de la humanidad, que en nada estima la duracion, en nada el grandor, cuando faltas de inteligencia carecen de movimiento, de vida, de luz.

La Roma conquistadora del mundo, la patria de los héroes, la ciudad de las costumbres austeras, era sin duda algo preferible á la Roma de Augusto, que embriagada de placeres empezaba á dormir el voluptuoso sueño precursor de su muerte; sin embargo en la Roma antigua no vemos la civilizacion, en la de Augusto sí: y es que en aquella hay mayor grado de robustez y de fuerza, en esta de inteligencia; sus brazos se enervan, pero su frente se anima; el corazon se corrompe pero el entendimiento se ilustra; viene la muerte es verdad, pero es en medio de un brillante festin donde perora la elocuencia, donde cantan los poetas, donde ostenta el arte sus maravillas, donde resplandece la inteligencia con vivísima luz, con hermosísimos colores.

Pero cuanto mayor es el interes inspirado por el desarrollo de la inteligencia, cuanto mas deslumbrante y fascinador es su brillo, tanto mayor cuidado es menester para no cifrar la civilizacion en ella sola; porque es un error grave, gravísimo, el pensar que la sociedad se perfecciona siempre que la inteligencia se desenvuelve. Y cuenta, que de ningún modo tratamos de abogar por la ignorancia; cuenta que no la juzgamos ni saludable á la moralidad, ni conducente al bienestar; y la estraña paradoja sostenida por Rous-seau en la Academia de Dijon en contra de las ciencias con respecto á la moral, nos parece muy digna de ser la primera del misántropo, que en su delirio buscaba la virtud y la dicha en medio de las hordas salvages. ¿Por qué habia de ser contrario á la moralidad el desarrollo de la inteligencia? la claridad del entendimiento ¿no ha de contribuir á que se vea la virtud mas hermosa y el vicio mas negro? una sensibilidad mas fina, cual suele acompañar á un espíritu cultivado ¿ha de ser contraria á la virtud, que se halla en tanta armonía con los sentimientos mas delicados del corazon? Los hombres mas grandes ¿fueron acaso grandes criminales? La santidad infinita ¿no es la

misma inteligencia infinita? Penetrad en el caos de esos siglos en que por un conjunto de causas aciagas y de trastornos espantosos, la ignorancia habia tendido sobre Europa su negro velo; y á cada paso tropezareis con el asqueroso vicio revolcándose á sus anchuras en medio de las tinieblas, á cada paso sorprendereis al crimen devorando sus víctimas en la obscuridad de las sombras. Pero renace el saber, y las costumbres se suavizan y se mejoran, todo cambia, todo se regulariza y se perfecciona; el escándalo y el crimen huyen pavorosos al asomo de la antorcha que esparce por do quiera sus claros resplandores, como al rayar la aurora azorado el criminal busca su guarida y disipándose la voluptuosa embriaguez de placeres culpables, corre presurosa la debilidad á ocultar su falta y su ignominia.

Si el desenvolvimiento de la inteligencia es saludable á la moralidad, no lo es ménos al bienestar; bastando para convencerse de esto una consideracion bien sencilla: el bienestar en la sociedad resulta de la abundancia de medios para satisfacer las necesidades, y estos medios no se obtienen sin la inteligencia. La naturaleza es rica y abundante, pero ha de ser explotada, pues que el hombre puede morir de hambre entre montones de oro. Comparad países con países, tiempos con tiempos, y la verdad resalta tan clara que se hace inútil insistir en probarla.

Prévias estas salvedades, vamos á proseguir nuestra tarea examinando en este artículo algunas de las relaciones de la inteligencia con la civilizacion; sin cuyo trabajo no seria dable comprender lo que nos proponemos decir en los siguientes números.

Para proceder con toda claridad, y no confundir cosas muy distintas dando lugar á equivocaciones de gran monta, es necesario considerar el desarrollo de la inteligencia en dos esferas: una superior, en cuyo espacio se mueven los entendimientos elevados, donde se labran las grandes reputaciones, y en que se elaboran aquellos monumentos, que transmitidos á la posteridad inmortalizan la época; otra inferior, pero que comprende un mayor número, que se pone mas en contacto con las pasiones é intereses, que se aproxima mas á los pormenores, y que ejerce sobre las relaciones sociales y sobre la vida del individuo, una influencia mas inmediata, mas directa, mas eficaz. Esta inteligencia que podríamos llamar de segundo orden, no siempre anda acorde con la primera, no siempre le está subordinada, como á primera vista parece que debería suceder; á veces marchan divergentes, tal vez en direcciones enteramente opuestas. Como juzgamos muy importante esta reflexion; la apoyaremos con hechos.

En el siglo de Luis XIV las altas inteligencias eran religiosas; habia diferencias de opiniones, de talentos, de genios, de miras, pero todo no hacia mas que crear diferentes centros de movimiento en el gran sistema, sin que esto obstase á que se conservara el centro comun donde se hallaba el regulador de todos los movimientos *la Religion*. Pero debajo de ese movimiento se descubre otro en sentido muy diferente; nada ménos que hacia la *incredulidad*. Por mas que pueda parecer extraño juzgamos que es muy cierto; mediando dos razones incontestables que concurren á demostrarlo. La una que podríamos llamar *á priori*, se funda en la brecha que debió de abrir en las creencias religiosas el protestantismo, brecha que no pudo repararse ni con la espulsion; y en la disposicion de los espíritus en Alemania, en Inglaterra, y sobre todo en Holanda, países que estaban en incesante comunicacion con la Francia, y cuyas relaciones no era bastante á romper toda la severidad de la revocacion

del *Edicto de Nantes*. Otra razon que podremos llamar *à posteriori* es, que luego de muerto Luis XIV, levantó erguida su cabeza la incredulidad; es decir que no suponiendo que en el siglo de aquel Rey germinaron en abundancia las ideas irreligiosas, no será posible comprender las épocas de la Regencia y de Luis XV.

La misma Francia nos presenta en la actualidad otra prueba del diferente camino que llevan la inteligencia superior y la inferior. En la region de las altas inteligencias cunden ahora las ideas religiosas, ó al ménos sociales y conservadoras; y mucho dudamos que lo mismo se verifique en las regiones ménos elevadas; posible fuera que esto no se realizase todavía en mucho tiempo, y que las nuevas aristocracias levantadas sobre las ruinas de las antiguas, y que como es natural trabajan por conservar su puesto, tuviesen que sufrir andando el tiempo, algunas arremetidas semejantes á la famosa escena del Trinquete, y al ataque de la Bastilla. En las doctrinas y en los hechos hay cierta lógica terrible, que los pueblos comprenden á las mil maravillas.

Pero á pesar de esta divergencia, menester es confesar que la situacion de un pais donde esto se verifique es violenta, y que por tanto deberá ser poco duradera. Porque los dos órdenes de inteligencia se tocan en mil puntos, se rozan á cada paso, sus límites mal deslindados se confunden á menudo, y esto tarde ó temprano produce uno de dos efectos; ó bien el un orden arrastra el otro y le somete á sus doctrinas, ó bien resultan en la sociedad conflictos y revoluciones. Para hacer palpable esta verdad no será menester que salgamos de España.

Es indudable que á principios del presente siglo, habian cundido entre muchos de nuestros mas claros talentos las doctrinas de la escuela del siglo XVIII. Atendidas las circunstancias en que se encontraba la nacion, esas doctrinas no podian penetrar en su seno, debian sobrenadar como sobrenadaron; pero esto no ha impedido que no se hayan derramado por ellas torrentes de sangre; y que todavía despues de 30 años de turbulencias y desastres, no se halle nuestra desgraciada patria en situacion tan angustiosa, no tenga un porvenir tan lóbrego y encapotado, que no es posible fijar la vista en él sin retroceder de espanto.

Hemos presentado estas reflexiones con respecto al desarrollo de la inteligencia para desvanecer una ilusion que suele ser muy comun, y consiste en que para apreciar el estado de la inteligencia en un pais, se toma por barómetro la parte mas esclarecida y brillante; aquella que estiende su fama hasta los paises extranjeros, es decir, lo mas selecto en ciencias y literatura. Añádese á esto la creencia no ménos comun, de que la literatura es un espejo donde refleja la sociedad, y hé aquí que en viéndose una literatura llena de calor y de vida, fácil es ser llevado á imaginar que la sociedad se halla tambien robusta, floreciente y lozana. Consecuencia plausible, y á primera vista legitima, pero que sin embargo está desmentida por la historia. Hay en la vida de las sociedades ciertas épocas críticas, en que suele aparecer la inteligencia en todo su esplendor; y cosa notable, resplandece á veces con insólita y vivísima luz cuando la sociedad en cuyo seno vive, y de cuya atmósfera se alimenta está tocando al borde del sepulcro. Resultado de combinaciones anteriores que le han sido favorables, y de circunstancias pasajeras que la secundan, no espresa la verdadera situacion del pais, es postiza, es un adorno mentido, es un magnífico cortinaje que oculta el lecho de un moribundo. Entonces la inteligencia superior es infecunda, no ejerce influencia sobre la so-

ciudad, es un mueble de lujo que al primer golpe se quebranta, y cuyos trozos se arrumban conservándose tan solo como preciosas antiguallas. Así con sus raptos sublimes el genio de Platon asiste á la agonía de la Grecia, así canta Virgilio la eternidad de un pueblo que va á perecer, así el brillante coro que rodea el solio de Luis XIV, augura duradera gloria al trono de un gran Rey, cuyo segundo sucesor habia de morir en un cadalso.

Para comprender completamente el influjo de la inteligencia sobre la civilizacion conviene ademas observar, que será muy poca su eficacia, si no procura hermanarse con algunos intereses que sean poderosos en la sociedad, ó no estuviere trabada con ideas é instituciones de grande influencia y ascendiente sobre el ánimo de los pueblos. La inteligencia dirige pero no ejecuta, es la cabeza que necesita el brazo. Algunas épocas notables de la historia servirán de aclaracion y apoyo á esta verdad.

En los siglos medios, cuando todo el saber quedó concentrado en la clase eclesiástica, y particularmente en la regular, cuando solos los clérigos sabian leer y escribir, y los monges con asiduo trabajo é infatigable perseverancia, transmitian á las generaciones venideras los sucesos que iban ocurriendo, y los restos del antiguo saber, formando los anillos de esa cadena que une á la inteligencia moderna con la antigua, tenia la clase eclesiástica el mayor ascendiente sobre el ánimo de los pueblos; llegando á pasar á sus manos la direccion en todos los negocios. Pero ¿por qué la inteligencia del clero era tan fecunda y poderosa? ¿lo era por sí sola? es bien cierto que no: y á poco que se reflexione se echará de ver que lo debia en gran parte á su íntimo enlace con las ideas religiosas, á la sazón tan prepotentes, que lo debia á su trabazon con instituciones que miradas por los pueblos como descendidas del cielo, eran objeto de una veneracion y acatamiento sin límites. Todavía mas: aquella inteligencia se hermanaba admirablemente con todos los intereses de la sociedad, era un germen fecundo de establecimientos de beneficencia, de progreso en la legislacion, de mejoras administrativas, de organizacion social en todos los ramos, y los pueblos que aunque ignorantes, no carecian de aquel saludable instinto que jamás abandona á la humanidad, advertian fácilmente que en la inteligencia del clero tenian un inagotable manantial de bienes, y por esto se prestaban dóciles al movimiento y direccion que se les comunicaba. Por estas causas pudo la inteligencia en aquellos tiempos ser tan poderosa, y ejercer en la sociedad una saludable dictadura. Fué poderosa porque era fecunda, y fué fecunda porque siendo su alma la religion llevaba en su seno el espíritu de vida.

Otra época notable nos ofrecerá un contraste bien singular, será como el reverso de la medalla. ¿Por qué la filosofia del siglo XVIII, la inteligencia extraviada, pudo ejercer tanto influjo sobre la Francia en tiempo de la Regencia, y del reinado de Luis XV, y preparar la catástrofe del infortunado Luis XVI? Porque conoció sagazmente su posicion, porque vió un gobierno débil y corrompido y una sociedad indignada; y dijo para sí: «ataquemos al gobierno é involucremos con él á todas las instituciones antiguas; halaguemos empero á la sociedad, y constituyéndonos órgano de todas las pasiones, eco de todas las quejas, defensores de todos los intereses no satisfechos, reuniremos en torno nuestro una falange poderosa, que nos servirá por ahora de escudo para defendernos, y luego de ariete para derribar todo lo existente.» Así pensó y así obró la inteligencia extraviada, así encontró primero un apoyo firmísimo, y en seguida un brazo irresistible: así consumó la Revolucion.

El solo recuerdo de la Revolucion de Francia, de ese acontecimiento colossal en sí, y en sus efectos, nos lleva naturalmente á considerar lo que es la inteligencia separada de la moralidad, lo que la civilizacion puede prometerse del pensamiento del hombre, cuando no está regulado por los eternos principios de la moral, cuando quiere á toda costa realizar sus concepciones, sin atender á lo que demandan las inmutables verdades sobre que descansa la suerte del individuo, de la familia y de la sociedad. La inteligencia sin moralidad es el ángel caído que lleva herida su frente con el rayo del Eterno, y que en medio de su desesperacion, blasfema contra su Criador, lleva en su mano la tea de la discordia, hace temblar la tierra bajo sus plantas, y trastorna y abrasa el universo. Ved ó sino á ese hombre que con torva frente y la mirada encendida, deja caer sobre el papel sus pensamientos terribles, á ese misántropo que medroso de su propia sombra se figura ver á la sociedad que conjurada le persigue, que insulta á la civilizacion ponderando las ventajas de la vida salvaje, que con su infausto talento hace problemáticas las mas altas verdades, que ora defiende el duelo y el suicidio ora los condena, que ora pinta con negros colores el adulterio, ora procura protegerle cubriéndole con un velo, que mina el órden social en sus mas hondos cimientos, que lanza sus tiros vibrantes contra todas las instituciones existentes, que no se asusta con la espantosa conflagracion que va á provocar, cuando su corazon la presiente y su mente la divisa; este hombre cuyo libro es el código de la Revolucion mas formidable que vieron los siglos, este es el emblema de la inteligencia sin moralidad: es Juan Jacobo Rousseau.

¡Ay de la sociedad donde se verifica tan sacrílego divorcio! vivirá en la inquietud, se agitará en medio de las revoluciones, y si no conserva en su seno algun gérmen regenerador, su destino será la muerte. ¿Qué hubiera sido de la Francia con el tan decantado saber de sus grandes filósofos, si el genio de Napoleon no la hubiera salvado preservándola de la disolucion, y estirpando la anarquía? Por cierto que no faltaba la inteligencia en la Asamblea Constituyente, en aquella asamblea que contaba un Sieyes y un Mirabeau; ¿pero qué hizo aquella asamblea? derribar, nada mas. Echó por tierra el prestigio del trono, niveló todas las clases, dió rienda suelta á las pasiones, exasperó los ánimos, estravió las ideas, entronizó la soberanía del pueblo, preparando de esta manera la ruina de la monarquía, el triunfo del Jacobinismo, la guerra civil, la estrangera, el reinado del terror, y todo esto para llegar ¿á donde? á postrarse á los pies de un hombre que diese á la Francia órden, códigos y administracion, miéntras que la Francia le daba su sangre y sus tesoros, para levantarle un trono, y ceñir sus sienes con una diadema de gloria. Ya que tanto se pondera la fecundidad de la filosofía, su influencia en la civilizacion, en el adelanto de la sociedad; dígasenos qué ha hecho la revolucion de Francia, esa hija predilecta de la filosofía, de la inteligencia abandonada á sí misma, sin moral, sin religion, sin ningun enlace con las tradiciones antiguas, en el completo aislamiento á que ella misma se habia condenado, mejor dirémos á que se habia entregado como á un hermoso sueño, como el bello ideal de la humanidad, como el apogeo de su poder, como el mas alto punto de su esplendor y de su gloria? Qué ha hecho, que es lo que ha creado, que obras son las que ha sustituido á tantas como derribó? Hay en Francia la monarquía, pero no por la Revolucion, sino á pesar de la Revolucion, sovocada por la Revolucion, amenazada por la Revolucion; hay en Francia administracion, pero es debida á un hombre; hay en Francia la Religion, pero es la

que ha podido salvarse en medio de las ruinas del edificio social; hay movimiento industrial y mercantil, pero haylo en Inglaterra y no data de su revolución, haylo en Prusia bajo el absolutismo, haylo en Rusia bajo el poder ilimitado del autócrata. ¿Qué es lo que queda á la Revolución? una cosa, una sola cosa, el haber derribado, obra por cierto grande, magnífica, propia de las tempestades arrasando bosques y campiñas, y sumiendo en el llanto y en la miseria á los pueblos.

Esto sabe hacer la inteligencia sin moralidad, á tanto alcanza su fuerza: disuelve, disipa, destruye, pero no le pidais nada mas; su mision concluye aquí, y se retira luego del teatro de sus hazañas, cediendo el terreno, ó á hombres extraordinarios á quienes envia de vez en cuando la Providencia para la realizacion de grandes destinos, ó á la accion lenta y regeneradora de los antiguos principios, que ocultos en el seno de la sociedad vuelven á germinar y á florecer, luego que se retira del campo la hoz destructora. Asi ha sucedido siempre, y asi sucederá: tal es el carácter del espíritu del hombre, tal es el ejemplo de la historia, tal es la ley de la humanidad. La inteligencia del hombre solo cuando está subordinada á la inteligencia infinita, cuando obedece á su impulso, cuando es su instrumento; y esto solo se verifica, cuando la inteligencia no se aparta de los principios eternos de la moral, cuando es vivificada por el espíritu de la Religion, cuando no tiene el necio orgullo de renovar la guerra de los gigantes escalando el cielo, cuando no tiene la insensatez de atribuirse la fuerza omnipotente de aquel que dijo, *hágase la luz, y la luz fue hecha.*

JAIME BALMES.

EL ALMA DESTERRADA.

LEYENDA POR ANA MARÍA,

traducida del frances por D. E. DE OCHOA.

XI. — (Conclusion.)

Llegó en fin el dia designado por el padre y la madre, que era el primero de la luna de las flores.

Levantóse María con el alba, y cuando llegó la hora de la ceremonia, presentóse adornada con el velo y la corona virginal que decoran á las jóvenes esposas: nunca habia parecido tan hermosa. Sus ojos se alzaban con una expresion sublime, y un esplendor sobrehumano rodeaba como una radiante aureola su blanca frente; pero sus mejillas estaban pálidas como en el dia en que vestida con las mismas galas, la habian tendido sobre su lecho de muerte.

Miráronse Ruben y Sara, y temblaron sin osar hablarse.

Próxima á echar á andar hácia el santo templo, llegóse María á su madre, presentó su frente para que la diese el beso de la mañana, y echándose de pronto á sus pies, exclamó:

¡Madre, bendecid á vuestra hija! Y sintiendo apoyarse en su cabeza las trémulas manos de Sara, añadió:

Bendecidla para la tierra.... y para el cielo.

Luego, viendo á Ruben que se acercaba, le atrajo á su lado y le hizo arrodillarse.

Bendecid tambien á vuestro hijo, repuso, porque él es quien en lo sucesivo debe reemplazarme junto á vos; y dominada involuntariamente por un piadoso recuerdo, añadió repitiendo santas palabras: Ruben, esa es tu madre; y vos, madre mia, ese es vuestro hijo *; ahora, á lo menos, no os dejaré sola en el mundo.

¿Qué quieres decir? preguntó con voz balbuciente la pobre madre, que veía caer repentinamente la espada por tan largo tiempo suspendida sobre su cabeza.

María, ¿qué dices? exclamó Ruben poniéndose pálido como un cadáver.

Echóles María una mirada de angélica compasion, y prosiguió con voz halagüeña.

¡Ah! ¿no veis los dos que la muerte me reclama y que voy á dejaros? Despues de haberla anhelado tanto, he luchado contra ella por amor á mi madre, y á tí tambien, Ruben querido. Viéndome tan preciosa para vuestros corazones, he deseado vivir, pero la fuente de la vida se ha secado en mí: he traído del cielo en un cuerpo endeble, mas amor y mas inteligencia de lo que podian contener sus débiles órganos, y muero abrasada por el amor. El fuego del cielo ha devastado mi pobre ser doliente y mortal, como la lava inflamada de los volcanes deseca el cauce de los arroyos que ha corrido.

¡Me llorais! y esa es la amargura que Dios reserva á la libertad de mi alma.

Detúvose María al llegar aquí, porque estaba conmovida como lo están los ángeles á la vista de los padecimientos humanos.

¡Ah! ¿por qué me llorais? Vosotros que me amais, amadme en el cielo, adonde voy á velar sobre vosotros durante los pocos dias que aun os restan de esta miserable vida de la tierra.

¿De qué podia aquí serviros una pobre criatura, cuya alma estaba llena de una ardiente sed de felicidad que no podian ya saciar ni aun las mas suaves dichas de la tierra, cuyo espíritu imploraba á cada instante la verdad, la vida que una vez habia entrevisto; una pobre muger cuyas ideas y cuyos sentimientos no estaban ya en armonía con los sentimientos y las ideas que bastan á los habitantes de la tierra; amándoos á ambos.... ¡Ah! y Dios sabe si os amo, repuso con un entusiasmo lleno de ternura, y dos lágrimas brotaron de sus ojos, y rodaron, como dos perlas orientales, sobre sus mejillas, y sus manos cruzadas: amándoos á ambos, pero no ya con sentimientos humanos acordes con los vuestros, amándoos como se ama en la otra vida, en Dios, principio y fin de todas las cosas.

¡Ah! la muerte habia roto la igualdad entre nosotros; vosotros no podiais todavía hablar el lenguaje de los cielos, y yo no podia ya hablar el de la tierra. ¡Sin querer, yo os hacia sufrir, y yo tambien sufría!.... sufría como el pájaro á quien han privado del aire de los cielos, como la sedienta gacela que vé agotarse la fuente en que se abrevaba. Yo tengo necesidad del cielo; este es el elemento de mi alma, del que vanamente he probado á vivir desterrada.

* Ev. de S. Juan, XX, 26 y 27.—N. del T.

Ruben se cubría el rostro con las manos y lloraba con aquella intensidad de dolor que solo se encuentra en la primer pesadumbre: mas adelante, el corazon se endurece bajo sus numerosas cicatrices.

Querido Ruben, repuso María poniendo una mano sobre sus manos trémulas, ¿que hubieras hecho de semejante esposa? Yo ya no era apta para las cosas de la vida: escepto amarte, todo lo he olvidado, por tedio, por desprecio de los miserables afanes de la tierra. ¡Perdóname el no haber podido hacerte feliz!... ¡Ah! ¡en vano lo hubiera intentado!.... La tumba ha abierto para siempre un abismo entre nosotros.

Y tú, madre querida, á quien siempre han estado sumisas todas mis voluntades, dí que consientes en verme dejarte por esa patria donde me espera la felicidad: yo no podria gozar en toda su plenitud las delicias ni aun del cielo, si tu corazon inconsolable me llamase siempre. La voz de una madre desolada turba hasta la paz de los cielos.

Madre mia, dame tu bendicion.... y permíteme partir. Y la hermosa y tierna vírgen abrazaba las rodillas de Sara.

¡Oh María! tú no eres madre, dijo Sara temblando y consternada; tú no sabes lo que cuesta el sacrificio que Dios reclama de mí.

Quedó silenciosa un momento, sin fuerzas ni valor para decir mas.

Pero, echando el resto de su energía como la vírgen al pie de la cruz, dijo estendiendo sus manos descoloridas sobre la cabeza de su hija:

¡Bendígate el señor omnipotente, y ojalá te vuelva las inefables delicias de que te han privado mis votos insensatos, reservando el dolor para mí!

Luego añadió muy quedo, como si le faltara fuerza para articular estas palabras:

Parte, ¡oh alma de mi única hija! ¡ve á habitar hoy las moradas de la felicidad!

¡Madre mia, madre mia! Dios ve nuestros corazones, y pronto nos reunirá!.... Y volviéndose á Ruben que estaba como anonadado y decia en su corazon: ¡Así debia desvanecerse mi felicidad! ¡Ah! bien hacia yo en no creer en ella, repuso.

Querido Ruben, tú que eres el dulce amor de mi alma, ven á darme el nombre de esposa tuya, á fin de que nos encontremos en el cielo. Ven, nos están esperando: vamos, vamos....

Y María echa á andar hácia el templo, deslizándose con aquella ligereza sin ruido de los cuerpos próximos á disolverse.

Ruben y Sara la siguen, temblando, desesperados....

XII.

Muchedumbre de doncellas y de mancebos, vestidos de gala y coronados de pámpanos floridos, aguardaba á los esposos á la puerta de la casa, llevando ramilletes de flores cogidas en los valles de Saaron, canastillos llenos de las mas esquisitas frutas acarameladas en Damasco, y de bollos de flor de harina que debian ofrecer á los novios á la salida del templo.

Otros habian cortado argentados ramos de tamarindo, largas ramas de laurel con sus rosadas flores, ó nuevos vástagos de abedul, y alfombraban el suelo bajo los pies de la hermosa novia.

Desde la resurreccion de María, sus compañeras se habian desviado de ella con temor, diciendo al verla lo que decia Moises junto á la zarza de Oreb: Dios está ahí. Y el terror las ahuyentaba.

Mas sin embargo, á la nueva de su enlace con Ruben, todas habian acu-

dido á darle el parabien , y se hallaban en el camino por donde debia pasar.

María se llega á ellas una por una , y llamándolas por su nombre , las abraza , diciendo á esta : Ester , no olvides al Señor , que quiere ser amado : á aquella : imploraré á Dios por tu madre , á fin de que ilumine su mente : y á otra : Gétira en vano te resistes ; serás cristiana , porque el Señor quiere que seas suya ; y á todas les decia : adios , acordaos de mí que no os olvidaré.

Estas palabras las llenaban de asombro , porque se sabia que Ruben habia fijado su residencia en Gédora ; pero lo que mas las admiraba era el aire de indecible tristeza de la madre y del novio.

Llegada que hubo al templo , seguida de su lucido séquito , María , apoyada en su madre , dijo á su jóven esposo :

Alza á Dios tu corazon , querido Ruben , y no dejes que le abata la tristeza : ¡ es tan hermosa la fiesta de nuestras bodas ! El templo está engalanado , los corazones están alegres , y los ángeles nos sonrien desde lo alto del cielo. Tú no oyes sus celestiales conciertos , pero los oirás , amado mio , cuando vayas dentro de poco á reunirte conmigo en mi gloria , y á completar mi dicha. Oye el himno eterno de los serafines que acompaña el coro de las vírgenes : ¡ honra , gloria , amor á Dios ! mi corazon está inundado de alegría ; el júbilo rebosa de él. ¡ Oh Ruben ! no le entristezcas con tus lágrimas.

Pero Ruben no podia resignarse , y sollozaba como si quisiera saltársele el corazon á pedazos , miéntras que Sara , con los ojos bajos , parecia serena.... ¡ Oh que serenidad !.... Pero una madre puede consumir el sacrificio hasta de su dolor.

Ruben , prosiguió María , prosternémonos y adoremos ; adoremos juntos por última vez en la tierra al que adoraremos despues de nuestras eternas bodas , reunidos ya para siempre en un solo corazon y en una sola voluntad. Luego , volviendo hácia él su rostro en el que brillaban divinos resplandores , á pesar de estar bañado de las lágrimas que á pesar suyo le arrancaba la tierra , le dijo : Ruben ¿ me aceptas por tu esposa celeste ?

¡ Ah ! exclamó Ruben cayendo de rodillas , tuyo para siempre ! mi corazon no conocerá jamas otro amor mas que el tuyo.

¡ Por toda la eternidad ! repitió María en voz clara pero muy débil.

Y queda haciendo oracion , miéntras el sacerdote termina la santa ceremonia.

Estaba estática , con los ojos alzados al cielo , las manos cruzadas , inmóvil y murmurando un canto casi inarticulado.

Luego que el ministro de Dios , hubo pronunciado las palabras que la unian á Ruben , dijo á este María.

¡ Amado esposo de mi alma ! toma sobre mis lábios el casto beso de nuestro celestial himeneo , y no olvides en la tierra á la que va á aguardarte en los cielos.

Ruben , madre mia , muero amándoos , y consumida por un inconmesurable amor.... ¡ Adios ! ¡ adios !

FIN.



I N D E X.

ó

GUERRAS CIVILES DE NAVARRA EN 1542.

Solo al mentar la Epopeya, punto el mas vasto de la literatura, se deja bien entender cuan estenso y profundo debiera ser este artículo, si en él me propusiera tratar á fondo la árdua cuestion, que no haré mas que indicar por via de advertencia, para que se pueda comprender mas fácilmente el fragmento que hoy me propongo publicar.

Encontraránse en él variaciones harto notables en la marcha acostumbrada y reconocida para los poemas épicos, y quizá se verán con escándalo literario trozos ajenos por su tono y lenguaje de aquel género de poesía, que hasta ahora siempre se ha conservado en las mas altas regiones de la versificacion y del estilo.

Proponer con claridad el objeto que en esta grave alteracion me he propuesto; fundar debidamente las razones que para ello he tenido, y demostrar en lo posible la utilidad que tales innovaciones pueden producir en este ramo de la literatura; exige un largo tratado sobre la epopeya, que algun dia quizá me atreveré á dar luz, como prólogo del poema que estoy componiendo largo tiempo há, y cuyo fragmento ofrezco al público en el presente artículo.

En esta breve muestra de aquel poema, apenas podrán los lectores conocer el efecto de la totalidad de mi obra; asi como tampoco se puede juzgar de un cuadro histórico por tal cual miembro de una de sus figuras, que el pintor esponga al juicio de los aficionados. Pero sí verán desde luego que el asunto, la forma semi-dramática, la variedad de metros y la mezcla de estilos, interesan al lector, avivan, amenizan y aligeran la composicion, sin privarnos por eso de la magestad y pompa épica que he procurado conservar como base de la obra, y desenvolver de cuando en cuando con toda su riqueza y elevacion.

No es decir por esto que yo haya logrado producir este grandioso efecto, digno de mayores talentos que el mio; sino que tales deberán ser las reglas y resultados de esta combinacion, cuando un ingenio mas elevado ensaye un género que hoy se atreve á indicar una escasa medianía.

Al ver la poca atencion que merecen del público la mayor parte de los poemas épicos: al observar lo poco leídos que son los mas grandes y sublimes esfuerzos de nuestros primeros poetas: al considerar que en otros ramos han amanecido ingenios españoles dignos de eterna fama literaria, mientras en la epopeya apenas han logrado ser conocidos; no he podido ménos de recelar, que el defecto no está en el poeta, sino en el género; pero este género, el pri-

mero y mas antiguo de la poesía, ha sido apreciado, leído, devorado por los pueblos de otras edades: mientras es olvidado, abandonado, casi ignorado por la nuestra; luego tampoco el género en sí es el que tiene la culpa de este abandono, sino el ningun cultivo de aclimatacion que hemos dado á esta planta exótica de nuestro siglo; las ningunas modificaciones que hemos hecho ni en su forma ni en su esencia, mientras todos los demas ramos de la literatura los hemos ido acomodando á la índole y gusto de las generaciones, á las opiniones y carácter de nuestros pueblos.

Si en estos últimos años hemos visto algunos ensayos de esta innovacion, debidos á literatos distinguidos de nuestros dias, no por eso se debilitan los fundamentos de mi opinion, ántes se corroboran y fortifican, al ver que por todas partes se deja sentir la necesidad de una reforma en la poesía épica.

Tales fueron las razones que me movieron á trabajar en el poema épico bajo las nuevas formas con que lo presento.

El asunto es análogo á nuestra situacion: las disensiones y guerras intestinas, que turbaron el reino de Navarra por los años de 1452 y siguientes, sostenidas por los bandos Agramontés y Beaumontés, defendiendo el uno la ambicion de D. Juan de Aragon, y el otro los derechos de su hijo el príncipe de Viana, nos presentan escenas muy semejantes á las que por mucho tiempo han tenido nuestros ánimos en el sobresalto y el terror; y adviértase, que nada interesa tanto como aquello que se parece á lo que nos ha interesado ya: la parte mas sensible del corazon es aquella que ántes ha estado herida.

Si á esto se añade la verdad histórica de los personajes, la exactitud de las descripciones de las localidades, trages y costumbres, no podemos ménos de tomar un vivo interes en la accion y su desenlace.

Cinco largos cantos tengo concluidos; y si he de creer en la sinceridad de mis amigos, no ha sido desacertada mi prueba, ni sin fruto mi trabajo.

Literatos distinguidos, que el público conoce bien, han aprobado la parte concluida de mi obra: y la seccion de literatura del Ateneo de Madrid en algunas de sus sesiones de 1859, asentó como reglas indispensables para el poema épico que debiera escribirse en nuestra edad, todas las condiciones, que algunos años ántes habia yo llenado en el pensamiento y realizacion de mi poema.

Esta respetable sancion pronunciada por varios literatos de los que pueden contarse como de los mas entendidos de nuestro pais, dió aliento á mi ánimo abatido y desconfiado, y me arrastró de nuevo al trabajo ya suspendido y casi abandonado.

A continuacion verán nuestros lectores una breve muestra de esta nueva composicion: tal vez no encontrarán en ella los atractivos que el todo de la obra les pudiera ofrecer; pero hallarán al menos algunos trozos, que ya que no les permitan juzgar del plan general y su efecto, les darán ocasion de examinar algunos pormenores, y de probar la sensacion que en su gusto literario experimentaren al pasar de la octava al romance, de la descripcion épica al diálogo dramático, y remontarse de nuevo desde la quintilla erótica á la narracion mas grave de la epopeya.

Si el ensayo saliere mal, y encontrare burladas mis esperanzas (ó tal vez confirmados mis recelos), aun hallaré el consuelo de mi desengaño en la prevision de mi constante desconfianza.

FRAGMENTO DEL PRIMER CANTO

DEL POEMA TITULADO

Ines, ó Guerras civiles de Navarra

EN 1452.

O rillas de Aragon, nombrado rio,
 Que en el del Ebro su caudal sepulta,
 Alza su árida frente al cierzo frio
 Roca escarpada de pendiente inculca;
 Sobre su cima elévase sombrío
 Muro que en el peñon su planta oculta,
 Y en medio el fuerte y defendido espacio
 Alzábanse las torres de un palacio.

Por senda retorcida, en dura peña
 Abierta, á Rocaforte se encamina,
 En cuyo torreón luce la enseña
 Del de Garro, Vizconde de Zolina;
 Ancho escudo de piedra berroqueña
 Muestra el real blason en cada esquina,
 Y el gótico dintel de las ventanas
 Calado con menudas filigranas.

Alegre y afanoso movimiento
 Se nota en derredor, corren soldados,
 Caballos de ostentoso paramento
 Se ven por sendos pages custodiados;
 Se oye á la vez remoto dulce acento
 Dentro de aquellos muros encantados;
 Rumor, voces, aplauso y alegría
 Mezclados á la plácida armonía.

Gran fiesta en el castillo dá el de Garro
 Por el natal de Ines, de Ines la bella,
 Hija feliz del Campeon Navarro
 Y del reino Vascon luciente estrella:
 No hay jóven adalid noble y bizarro,
 Que no jure ante Dios lidiar por ella;
 No hay trovador que su beldad no cante
 Y sueñe en su ilusion el ser su amante.

Lánguido es su mirar, negros los ojos
 Y el cabello tambien, blanca la frente,
 Los dientes de marfil, los labios rojos
 Y su risa fugaz un rayo ardiente:
 Falsa fria esquivez enciende enojos
 En mas de un amador que el dardo siente;
 Talle esbelto y gentil como una palma,
 Sensible el corazon, cándida el alma.

Asi aquella beldad el lustre hacia
 Del brillante festin de Rocaforte,
 En cuyas salas góticas se vía
 De D. Juan de Aragon la ilustre corte;
 De aquel padre ambicioso que aun regía
 Un reino que debiera á su consorte
 Blanca, y en cuya muerte ya vacante,
 Al Príncipe pasára y no al Infante (*).

Ni un solo en el banquete el nombre menta
 Del malhadado Príncipe de Viana;
 Cada cual de Don Juan virtudes cuenta
 Y de su nueva esposa Doña Juana;
 De Carlos la amistad horrible afrenta
 Fuera entre aquella gente cortesana;
 Solo tremola en fin en aquel monte
 La sangrienta bandera de Agramonte.

Allí Martín de Goñi, el de Medrano,
 Y el apuesto doncel Juan de Ezpeleta;
 Allí Pedro de Urrea Baquedano,
 Don Martín de Peralta y el de Ureta;
 Rodrigo Revollo, castellano
 Bravo adalid, que el mismo Juan respeta,
 Y mil otros guerreros de la fama
 Formaban el cortejo de una dama.

Muy más de cerca empero la seguia
 Otro noble galan de porte airoso,
 La altivez en su frente presidia,
 Arrogante ademan, gesto imperioso;
 Persona al parecer de gran valía,
 Que rinde á Doña Inés culto amoroso,
 Don Pedro de Navarra, no reposa
 Por vencer el desden de aquella hermosa.

Hijo de Don Felipe, ilustre nieto
 De Don Carlos Segundo, dicho el Malo,
 De aquel Rey que en Paris puso respeto
 A Don Juan su rival, príncipe Galo;
 Mas digno del temor que del afeto,
 Amigo del placer y del regalo,
 Bizarro empero y capitan valiente
 Cuando vibra el acero refulgente.

En vano era su amor, en vano el fuego
 De su tierno mirar apasionado;
 Su lengua en vano en incesante ruego
 Vencer intenta un corazon helado;
 Siempre de Inés en pos, y siempre ciego,
 No ve mas ser viviente en el estrado;

(*) D. Juan, Infante de Aragon, viudo de doña Blanca, Reina de Navarra, casó en segundas nupcias con doña Juana Enriquez, hija del Almirante de Castilla D. Fadrique Enriquez, fomentando con este paso la enemistad del partido Beamontés, y los recelos del Príncipe de Viana.

Solo otro por do quier odioso mira,
Otro que el corazon le enciende en ira.

Era un noble doncel de erguida frente,
Pálida la color, negro el cabello,
De suelto talle y ademan valiente,
Encendido el mirar y el rostro bello;
Sirve á Ines comedido y diligente,
Y la ama, fácil era conocello,
Sin que su esquividad turbe la calma
Del que en cada mirar le rinde el alma.

Tal era Juan de Ayanz, jóven ardiente,
Hermano del Señor de Mendinueta,
Loco de amor, intrépido, vehemente.
Que al solo nombre de rival se inquieta:
Concertado está ya, por su pariente
El de Viana, su enlace con Niseta,
Solo turba su amor y su contento
El rumor de cercano rompimiento.

Eran los dos al punto retirados
De un largo corredor en los pretilos,
Del mundo y sus intrigas olvidados,
Solos de la ilusion en los pensiles:
Hablan, y sus acentos sofocados
Por músicas y roncós tamboriles
Se pierden; mas las crónicas dijeron
Los coloquios que Inés y Juan tuvieron.

Juan.

No hay para qué repetir
Lo que en uno y otro dia
Siempre me oiste decir;
Para mí todo es morir
Mientras que no seas mia.

Ni juegos, bailes, ni galas,
Ni ver lidiar bravos toros,
Ni el cantar de las zagalas
En vuestras doradas salas
Con esos juglares moros:

Ni del puerco montaraz
Seguir la huella cerdosa,
Ni ver al can que lo acosa
Por la montaña escabrosa,
Me sirve ya de solaz.

Nada, nada, Ines, me place;
Contando siempre las horas
Un año el dia se hace;
Solo el pensar me complace
Que tú, Ines mia, me adoras.

Ines.

Y bien lo puedes creer,
Si es que mi amor se contenta,
Pues nada mas me sustenta,
Cuando mi amigo se ausenta,
Que la dicha de querer.

Cuando en luciente armadura
 Con belicoso ademán
 Montas el fiero alazan,
 Y al compás de la andadura
 Tus armas sonando van:
 Y apoyado en el lanzón
 Cien veces el cuerpo giras
 Sobre el tachonado arzón;
 Ay! cada vez que me miras
 Me arrancas el corazón.
 Recelando que algún día
 Te arranque el hierro enemigo
 Una alma que es toda mía,
 Cien y cien veces maldigo
 Tu arrojada bizarria.
 ¡Cuándo será que á mi lado,
 En dichosa paz te cuente,
 Solo de amar ocupado,
 No del afán del valiente,
 Ni las artes del soldado!
 Calla mi encanto! mi ensueño!
 No mas hechizos; no mas,
 Si esos preceptos me das,
 Mira que tu eres mi dueño,
 Y hasta cobarde me harás.
 Ya aquella ardiente ambicion
 De ser bizarro adalid,
 Aquella antigua ilusion,
 Aquel soñar con el Cid,
 ¿Qué son en mi alma, qué son?
 Gracias, amores, blandura,
 Mágias, halagos, hechizos,
 Los rayos de tu hermosura,
 Los encantos de esos rizos,
 Que adornan tu frente pura.
 Lo mágico de ese acento,
 Que al dormir, al despertar,
 Entre la luz, entre el viento,
 Siempre en torno de mí sienta,
 Siempre mandándome amar.
 Tu esclavo soy, ya lo ves;
 Por tí en mis oídos suena
 Y mi corazón afluena
 Ese canto agramontés;
 No aprietes mas mi cadena.
 Día vendrá mas dichoso
 En que se cumpla mi anhelo;
 Inés, Inés, plegue al cielo,
 Que nuestro voto amoroso
 Tenga cumplido consuelo!